

## PSICOLOGIA DE LA ADOLESCENCIA

Al ampliar la vida escolar hasta los quince años, la vigente ley de Educación Primaria, de 1945, incluye en el área de la Escuela, si no íntegramente, por lo menos en sus etapas iniciales, una importante edad de la vida: la adolescencia. Edad difícil, decisiva, que ha sido llamada con razón «segundo nacimiento», porque en ella se plasma definitivamente el modo de ser adulto, y, por tanto, edad muy necesitada de educación.

Numerosas investigaciones han contribuido a desentrañar en buena parte el misterio del alma adolescente; sin embargo, no puede decirse que se haya llegado a su comprensión definitiva.

Existe una lamentable confusión en el empleo de los términos «adolescencia» y «pubertad»; algunos autores se sirven indistintamente de ambos, y en ocasiones precisan su significado hablando de «adolescencia mental» y de «pubertad psíquica». Claparède aplica el vocablo «adolescencia» al período de crecimiento que precede a la pubertad, mientras la mayor parte de los tratadistas hace comenzar aquella en ésta. Conviene, para evitar confusiones, emplear el término «adolescencia» para significar la etapa de transición de la infancia al estado adulto, aludiendo especialmente a la transformación psíquica, y circunscribir la palabra «pubertad» a la transformación fisiológica —aparición del poder de reproducción— que, en términos generales, coincide con el comienzo de aquella.

El término «adolescencia» se deriva de los verbos latinos «adolesco», crecer y «adoleo», oler mucho, quemar, consumir y llenar. Este sentido etimológico guarda relación con el concepto actual, porque en la adolescencia no sólo

hay crecimiento —físico y mental—, sino también efervescencia, ardor y dolencia íntima.

La adolescencia constituye un singular estado intermedio entre el niño y el adulto, durante el cual no se puede considerar al sujeto como un niño grande ni como un adulto joven; es un período de transición a la madurez que tiene características propias.

Desde que el niño nace y se inicia el crecimiento, va asemejándose al adulto; en este proceso hay períodos de variaciones insensibles que alternan con otros de mutaciones acusadas, correspondiendo a la adolescencia la variación más rápida y más honda; del niño se desgaja el hombre, como de la niña surge la mujer; ocurre este hecho en medio de intensa conmoción que afecta al individuo en su totalidad: hay transformación fisiológica (pubertad) y transformación psíquica (adolescencia propiamente dicha).

Constituye un interesante problema la relación entre ambos hechos, que guardan cierta simultaneidad. «Existe un enlace —dice Spranger— entre ambas series de fenómenos. Sólo que este lazo no es seguramente de tal naturaleza que la una resulte «comprensible» por la otra... El orden de las cosas obedece también aquí a un complejo de sentido. Pero éste no es aún, en lo esencial, accesible a nuestra comprensión». (1). Y añade más abajo: «Verosímilmente dependen «de algún modo» uno de otro. Pero, ¿cómo? La ciencia no lo sabe todavía». (2).

Mendousse coincide en este punto. «Quizá es preciso no ver en la organización sexual la causa de la «adolescencia mental», sino considerar los dos órdenes de hechos como resultantes de una causa más profunda, cuya naturaleza nos escapa en parte, puesto que, en el límite, se confunde con la vida misma». (3). Tanto este autor como La Vaisière

(1) E. SPRANGER: *Psicología de la edad juvenil*. Buenos Aires. 1946. pág. 35.

(2) E. SPRANGER: *Op. cit.*, pág. 36.

(3) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Ed. Félix Alcan. París. 1909, pág. 22.

insisten en la separación que se observa en muchos casos entre el despertar psíquico de la adolescencia y los cambios orgánicos de la pubertad. «Esta (la adolescencia), aunque ligada según toda la probabilidad con cambios orgánicos profundos, no es siempre contemporánea de sus manifestaciones observables; sucede a menudo, principalmente en las clases cultivadas, que las jóvenes ofrecen todos los signos físicos de una perfecta madurez sexual y, sin embargo, conservan aún su carácter de niñas... En el pueblo ocurre con frecuencia lo contrario: adolescentes de catorce o quince años, aun no púberes, dan pruebas de una madurez de carácter que contrasta con sus formas gráciles y su aspecto infantil». (4). Por su parte, La Vaissière llega a la siguiente conclusión: «Muchas razones prueban que si existe a menudo concomitancia ocasional entre la pubertad y la crisis de la edad, ésta no es causada por aquélla, sino que las dos son efectos de una misma influencia más íntima y más profunda... La aparición de las disposiciones próximas a la pubertad puede ocasionar necesariamente turbaciones, pero es falso que sea la verdadera causa de las profundas modificaciones psicológicas del fin de la adolescencia». (5).

Evidentemente, carece de fundamento la posición de determinadas escuelas psicológicas que pretenden explicar exclusivamente por causas fisiológicas la honda transformación psíquica de esta edad.

La pubertad, que sirve, sin embargo, para situar cronológicamente, de un modo aproximado, la adolescencia, varía considerablemente, en cuanto al momento de su aparición, de unos individuos a otros. En estas variaciones influyen no sólo los factores sexo, raza, clima, alimentación, etc., sino factores psicológicos, tales como inteligencia y ambiente espiritual.

---

(4) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Ed. Félix Alcan. París, 1936, pág. 24.

(5) J. DE LA VAISSIÈRE, S. J.: *Psicología pedagógica*. Ed. Zarzales. Madrid, 1919, pág. 67.

De todos es conocida la precocidad de la pubertad femenina; estudios llevados a cabo por Crampton (6) en la raza anglosajona, muestran que hay un adelanto en las muchachas de año y medio o dos años respecto a los varones. En igualdad de sexo, los niños de estirpe latina maduran antes que los de procedencia céltica. En cuanto al clima, se ha puesto de manifiesto que las muchachas de regiones templadas centrales alcanzan la pubertad antes que las de regiones más frías del Norte y aun que las de regiones más cálidas del Sur. Cuando el ambiente geográfico es favorable, la pubertad, en grupo, es más precoz.

De las investigaciones realizadas por Terman y Baldwin (7), resulta que los chicos de estratos sociales más altos maduran generalmente uno o dos años antes que los de estratos inferiores; además de esto, han encontrado que los niños de inteligencia superior, como grupo, presentan una pubertad más temprana que los de menor capacidad intelectual. Coincidiendo con este resultado, otro estudio ha puesto de relieve que los imbéciles, como grupo, maduran más tarde.

Tanto los datos europeos como americanos ponen de manifiesto que la pubertad aparece hoy uno o dos años antes que en las últimas generaciones. La edad media de la pubertad femenina en los países latinos se sitúa entre los doce y trece años; la masculina sobreviene unos dos años más tarde.

Las pacientes y finas observaciones de Mendousse le llevan a destacar la acción del factor psíquico ambiental sobre la aceleración de la pubertad: «...Es preciso, sobre todo, tener en cuenta influencias de orden psicológico, tales como la acción del medio, lecturas, reuniones, bailes, representaciones escénicas. La vida urbana es demasiado fecunda en incitaciones de este género: en particular, las tarjetas postales, revistas ilustradas, carteles... terminan por producir antes

---

(6) Citado por KARL C. GARRISON: *The Psychology of adolescence*. New York, 1946, pág. 2.

(7) Citados por KARL C. GARRISON: Op. cit., pág. 3.

de tiempo cambios fisiológicos que una imaginación tranquila o sanamente alimentada hubiera retrasado aún» (8). Efectivamente, en los casos de pubertad precoz se observa alteración del funcionamiento endocrino o bien un perverso ambiente moral.

Las transformaciones fisiológicas de la pubertad están íntimamente ligadas con los factores endocrinos que influyen en toda la economía del organismo. El timo, cuya hormona promueve el crecimiento en peso y talla, pero impide la madurez somática y el desarrollo puberal, queda atrofiado, de ordinario, a los doce o catorce años; al mismo tiempo comienza a actuar otra hormona que estimula la madurez de los órganos sexuales. En aquellos individuos que hay hipersecreción del timo desde los doce a los dieciséis años, no tiene lugar la pubertad o sufre considerable retraso.

Siguiendo nuestro punto de vista, fijaremos la atención en el panorama psicológico de la adolescencia. La duración de este período es muy variable, pudiéndose sólo dar fechas con valor aproximado; en general, se admite que transcurre entre los trece y los diecinueve años en las muchachas; es decir, lo que los ingleses llaman «teens», y de los catorce a los veintidós en los varones.

La entrada en la adolescencia unas veces se verifica lentamente y otras de una manera brusca, aunque precedida de un período latente, causando sorpresa y alarma en las familias poco informadas; esta diferente modalidad parece depender de características individuales. El paso de la adolescencia a la madurez suele realizarse de modo paulatino, casi imperceptible, excepto en los casos de una gran desgracia o una fuerte conmoción espiritual, causada por diversos motivos, que transforman rápidamente al adolescente en adulto.

En la edad que nos ocupa el ritmo del desarrollo es diferente en las muchachas y en los chicos. La adolescencia femenina no sólo es más precoz, sino más breve y menos pro-

---

(8) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 20.

funda. «A pesar de las perturbaciones que acompañan a su segundo nacimiento, ellas tienen más facilidad para recobrar el equilibrio y tienen que renunciar menos a partes interesantes de sí mismas para fijarse en el carácter propio de su personalidad adulta» (9). De este hecho deriva Mendousse una consecuencia halagüeña para nuestro sexo: «Parece, por otra parte, que permaneciendo más joven de cuerpo y de espíritu, la mujer conserva durante toda su vida algo de la plasticidad adolescente y resiste por instinto a todo lo que pudiera encerrarla en una especialización exclusiva. ¿No viene su encanto, por una parte, de esta indeterminación que le hace capaz en cualquier edad de adaptarse a las situaciones...?» (10).

Si en el aspecto formal de la adolescencia hay diferencias en cuanto a los sexos, más acusadas se manifiestan éstas respecto al contenido, como veremos en seguida. Lógicamente había de ser así, puesto que se trata del estadio en que los sexos se definen y alcanzan su plenitud.

Al igual que los demás estadios de la vida, la adolescencia no constituye una etapa independiente, sino que está en íntima relación con las fases precedentes y su fisonomía depende en gran parte de lo que fuerón aquéllas. Sin embargo, hay individuos que después de una niñez difícil viven una adolescencia normal, dándose también el caso contrario. Esto es debido a la complejidad de factores que influyen en el proceso, unos endógenos y exógenos otros.

La adolescencia, etapa de transición, edad «tormentosa y en tensión», que dijo Stanley Hall, contrasta fuertemente con la fase anterior, la llamada «edad escolar». El niño de ocho a doce años vive una «edad remanso», su espíritu está vuelto al exterior, al mundo objetivo, interesado por las cosas (realismo); la espléndida salud física y mental, la adecuación entre intereses y posibilidades confieren al niño de

---

(9) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 82.

(10) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 234.

esta edad un equilibrio que le da cierto carácter de plenitud; es notable la seguridad que trasciende de toda su persona. La adolescencia turba ostensiblemente ese equilibrio; surgen nuevas y confusas tendencias que convierten el paisaje psíquico en una realidad desconcertante, no sólo para los familiares, sino para el propio sujeto.

Diversos métodos se han seguido para penetrar en ese mundo apasionado y misterioso que es el alma adolescente. Son muchos los autores que utilizan los escritos autobiográficos —diarios, cartas, poesías...— por considerarlos como medio de conocimiento especialmente eficaz. Efectivamente, si tales documentos han sido escritos espontáneamente, sin ningún propósito que los desvirtúe, arrojan mucha luz sobre la intimidad psíquica. Stanley Hall, en su obra clásica «Adolescencia», hizo uso de los diarios y de las biografías como fuentes de información sobre los problemas característicos de los jóvenes, y Lancaster apoya en mil biografías sus estudios relativos a la juventud.

Compayré estima que los documentos más preciosos serán las confidencias hechas por los mismos sujetos, sobre todo sus impresiones de juventud, si ellos las redactasen en la misma edad en que las experimentan. Carlota Bühler, que ha estudiado detenidamente diarios de adolescentes y ha publicado algunos, opina que en esta fase casi no cuenta la observación simple de la conducta, y pone en primer término dos fuentes que están en conexión con los dos caracteres esenciales de la pubertad —descubrimiento del yo e incorporación paulatina a la sociedad—, los documentos de adolescentes y los datos que registran la participación de los jóvenes en la vida pública (11).

Mendousse, sin desdeñar el valor de los diarios y de las encuestas, utiliza como medio preferente la observación reiterada de la conducta de los adolescentes en las situaciones más diversas. Los psicólogos americanos acuden con más

---

(11) CARLOTA BÜHLER: *Infancia y juventud*. Espasa Calpe. Madrid, 1946, pág. 360.

frecuencia a las encuestas y estadísticas; en la obra de Karl Garrison —«The Psychology of adolescence»— se utiliza preferentemente el procedimiento del cuestionario.

La principal dificultad para conocer el alma en este estadio reside en la reserva en que se encierra el adolescente, y que constituye uno de los rasgos distintivos de su psicología. Para Spranger, esta reserva es más acentuada en los muchachos: «En contraste con los fenómenos de la edad madura, es el alma del sexo masculino en estos años mucho más impenetrable todavía que la del femenino. El adolescente se protege, por decirlo así, con doble coraza. Cierto que también la muchachita hace todo lo que puede por ocultar su vida interior; mas a pesar de todas sus artes, resulta, en comparación con el adolescente, la criatura más transparente» (12).

Entre las numerosas obras publicadas sobre la adolescencia, vamos a fijar la atención en tres fundamentales, representativas de otros tantos tipos de culturas: me refiero a los libros ya citados de Mendousse, Spranger y Garrison. El primero, en sus dos obras, «L'âme de l'adoslescent» y «L'âme de l'adolescente», describe minuciosamente los fenómenos psíquicos de la adolescencia y los interpreta. Spranger, en su «Psicología de la edad juvenil», realiza un intento de comprensión del alma adolescente, una estructuración del espíritu en los años cambiantes de transición a la madurez; uno y otro penetran profundamente en el psiquismo juvenil a través de la observación, la introspección y los documentos autobiográficos, sorprendiendo los íntimos resortes de sus reacciones. Garrison, en su obra ya citada, estudia más bien los hechos, sin bucear tan íntimamente en las almas.

Los autores europeos se muestran acordes en caracterizar la adolescencia por el viraje del espíritu a la subjetividad. Esta versión toma diferentes denominaciones: «descubri-

---

(12) SPRANGER; op. cit., pág. 15.



miento del yo», para Spranger (13); «concientización», en Bühler (14); «descubrimiento de la intimidad», en García Hoz (15). De este hecho fundamental se derivan otros secundarios, típicos de esta edad: autorreflexión, gusto por la soledad, susceptibilidad, impulso de independencia, etc.

El niño de ocho a diez años vive con la mirada abierta al mundo exterior, no practica la introspección; el adolescente vuelve sus ojos hacia dentro y descubre en sí un mundo, transido de inquietudes y ensueños, separado de los demás. Como dice Spranger, siente la vivencia de la «gran soledad» (16).

Si la intimidad humana tiene siempre cierto dramatismo y confusión, esto se eleva al máximo en la adolescencia. En esta edad se ha dicho que todo es fluctuación; alternan rápidamente los más diversos estados de conciencia —insolencia y timidez, alegría y tristeza, egoísmo y abnegación, sociabilidad y misantropía, energía y pereza, virtud y vicio, amor y odio...— y, a veces, coexisten en un extraño sincretismo.

Stanley Hall ha señalado hasta doce antinomias que se dan en este tumultuoso despertar anímico (17), y Mendousse dedica una parte de su obra a describir la «anarquía de tendencias» (18) que luchan en el alma juvenil hasta que, por sucesivas eliminaciones e integraciones, surge la relativa unidad del carácter adulto.

Parece que el adolescente se consagra a ensayar las personalidades más diversas antes de fijar la suya definitiva. Sus deseos toman las más dispares direcciones y siempre se caracterizan por la vehemencia. Los grandes filósofos clásicos

(13) SPRANGER: Op. cit., pág. 48.

(14) BÜHLER: *Infancia y juventud*. Op. cit., pág. 348.

(15) Conferencia pronunciada en la IV Reunión de Estudios Pedagógicos celebrada en la Universidad «Menéndez Pelayo». Santander, agosto 1948.

(16) SPRANGER: Op. cit., pág. 48.

(17) STANLEY HALL: *Adolescence*. Dos tomos. Nueva York y Londres, 1911. Tomo II, págs. 75-88.

(18) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., págs. 223-261.

no han dejado de percibir este rasgo; Platón dice que la juventud es una «embriaguez espiritual», y Aristóteles consigna que esta edad tiene como carácter distintivo el estar llena de deseos y ser capaz de realizarlos. Este signo de contradicción que descubrimos en la adolescencia tiene un profundo sentido, es el ensayo de todas las fuerzas vitales.

Tal anarquía interna produce en el sujeto cierto malestar, cierta angustia, en la cual radica una de las fuentes de la melancolía juvenil. El adolescente, que no se comprende a sí mismo, tiene anhelo vehemente de ser comprendido; por esto acostumbra a tener confidencias con determinadas personas de su elección.

En conexión con este rasgo está la reserva antes aludida; el adolescente tiene pudor de su intimidad por temor a ser herido, a no ser comprendido; por esto se encierra en sí mismo y guarda celosamente el secreto de su yo profundo. La reserva puede adoptar formas distintas —taciturna o locuaz—, pero igualmente eficaces. El diario, documento típico de la adolescencia, responde a las dos notas que acabamos de consignar; el sujeto busca en él satisfacción a su ansia de comprensión evitando el peligro de ser conturbado o herido en sus confidencias.

El descubrimiento del mundo interior entrafña cierto gusto por la soledad; el espíritu se entretiene en sí mismo escuchando el confuso rumor de la corriente psíquica, acariciando ensueños o rumiando tristezas. Este rasgo, como toda la adolescencia, comporta un grave peligro, el adolescente puede aislarse excesivamente de la realidad y crearse un mundo artificioso, un paraíso de inacción que le incapacite para la futura vida social.

Otra nota típica de estos años es el anhelo de independencia. El muchacho y la muchacha sienten que ha nacido en ellos un nuevo ser y tratan de imponerse a los demás, sustrayéndose por de pronto a la influencia de los adultos. De ahí su indisciplina constante; quizá el síntoma más cierto de esta fase sea la indocilidad que se manifiesta desde sus albo-

res, en contraste con la fácil obediencia de la edad precedente. La adolescencia es una conquista de la autonomía que sólo podrá lograrse cuando se posea un sistema coherente de motivos y móviles y una voluntad fuerte, es decir, al final de esta etapa de transición.

En la compleja situación adolescente hay, por otra parte, una acusada necesidad de protección, porque el joven se siente inseguro ante su caos interno y el complicado panorama social que se despliega ante su vista. Por otro lado, su orgullo no le consiente ser tratado como niño, como ser necesitado de continua solicitud y guía.

Con la adolescencia ocurre un crecimiento, un despertar que afecta a todas las dimensiones del ser. La capacidad para el pensamiento abstracto, ligada con la versión hacia la subjetividad, conduce a la autorreflexión; con frecuencia el adolescente se plantea con acuciante dramatismo los problemas más trascendentales de la vida, los que afectan al origen y sentido de la misma, y a los cuales trata ansiosamente de dar una respuesta satisfactoria.

El primer período de la adolescencia está fuertemente coloreado de subjetividad; en un segundo momento, sin perder este carácter, predomina el afán gozoso, apasionado, de conquistar el mundo exterior, como si el adolescente se replegase en su interior para tomar posesión de sí y lanzarse en seguida al dominio del mundo.

También en los comienzos de la adolescencia puede hablarse de una fase de negativismo en la que predominan sentimientos de inhibición y tristeza. El prepúber y el neopúber no sólo se muestran indisciplinados, sino también irritables, taciturnos, descontentos con los demás y consigo mismos; estos síntomas, poco a poco, van retirándose para dejar paso a una etapa de signo más optimista y expansivo.

En la adolescencia surgen nuevas constelaciones de intereses que contrastan con las de la fase anterior. El adolescente rompe con el niño y desdeña sus ocupaciones y diversiones antes preferidas; con frecuencia se aparta de sus ami-

gos que no han dado todavía el paso hacia la madurez y busca nuevas amistades; renuncia a la vida infantil para inclinarse a cosas nuevas, desconocidas todavía para él, solo vislumbradas a través de la fantasía.

Estos intereses se presentan muy confusos, unidos a las oscuras tendencias que brotan de las profundidades del ser, todavía no integradas en hábitos, y que arrastran al joven de uno a otro objetivo con tanto ardor como falta de perseverancia. La exuberante vitalidad de la juventud, su falta de experiencia y el dilatado campo abierto a su actividad, contribuyen a la incoherencia de su conducta.

Esta inestabilidad, característica de la adolescencia, presenta diferente matiz según los sexos. En la conciencia de los muchachos hay violenta colisión de deseos igualmente poderosos que tratan de suplantarse: por el contrario, en ellas «todo pasa como si hubiera cierto número de intereses, cada uno de los cuales, según las circunstancias, operara exclusivamente y por su propia cuenta. Y si en apariencia se ponen enteras en lo que hacen es que su pensamiento deja fuera de la conciencia clara los móviles que no tienen relación con el comportamiento actual, salvo para instalarlos de nuevo cuando sean necesarios para otras acciones» (19).

En medio de la fluctuación que lleva al sujeto por muy varios niveles morales, se manifiesta un decidido interés por las cosas grandes y nobles, por los más altos valores del espíritu; el adolescente se siente transitoria y fuertemente atraído hacia una conducta idealista, de consagración a las más nobles empresas.

Si en una primera etapa predominan, según se ha indicado más arriba, los intereses referidos al yo, en un momento posterior florecen en conexión con ellos los intereses expansivos, en los cuales confluyen tendencias sociales y vagos presentimientos afectivos. Unos y otros intereses se proyectan decididamente hacia el futuro.

Por de pronto el yo se presenta a sí mismo sumamente in-

---

(19) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 210.

teresa. La constante característica de esta edad es un sentimiento muy vivo de la personalidad, logrado por aquel replegarse en sí mismo, y una aspiración a elevarla al plano más destacado.

El adolescente quiere llamar la atención, causar admiración —y esto es más verdadero tratándose de muchachas—; en toda su actividad late un deseo de exhibición. Tiene un intenso anhelo de superación; le interesa destacar en algún dominio —deporte, arte, éxito social...—, batir marcas. Por esto es muy susceptible a la emulación; quiere hacer bien una cosa, pero ante todo quiere hacerla mejor que sus compañeros.

Los sentimientos de dignidad personal y del honor son muy vivos en los jóvenes, con sus consecuencias de lealtad y sinceridad; sin embargo, también es frecuente que en la exaltación del yo se inserte una fuerte dosis de vanidad, preocupándose a veces el adolescente más de obtener la estimación que de merecerla.

Antes de analizar los intereses de expansión fijemos la vista en la efervescencia intelectual y afectiva que caracterizan la adolescencia. Todos los estudios muestran que una elevación del crecimiento mental precede o acompaña a la pubertad. La imaginación recibe un formidable impulso; pero además de esto, el adolescente se apasiona por el pensamiento; tiene gran fe en la razón en general y en la suya propia en particular, y quiere enjuiciarlo todo; rebelándose contra el argumento de autoridad, discute todas las cuestiones y muestra gran entusiasmo por la dialéctica. «Si por razón se entiende la relación lógica de las ideas y también la tendencia a buscar, a propósito de todas las cuestiones, las causas y los efectos, los principios y las consecuencias, se la puede considerar como uno de los caracteres esenciales del segundo nacimiento. El púber es quizá menos «razonable» que el niño de diez a trece años, pero de seguro es infinitamente más «razonador» (20).

(20) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 131.

La lógica adolescente está transida de afectividad y el principio de finalidad rige casi siempre el curso del razonamiento. El afán de poner todo en tela de juicio y sustraerse a la sumisión conduce a veces al adolescente a dudar incluso de las verdades sagradas; en ocasiones esta crisis de duda pone en momentáneo peligro una esmerada formación de los años precedentes.

Aquí es preciso constatar otra diferencia de los sexos. La muchacha raras veces se entrega a la discusión conceptual como el varón; ellas tienen, con frase de Mendousse, «docilidad intelectual», y por eso triunfan principalmente en estudios literarios, históricos y lingüísticos, encontrando mayor dificultad en disciplinas matemáticas y filosóficas, sobre todo si se trata de resolver problemas. «Dóciles y aplicadas, hacen a la vez la alegría de los profesores que no ven en ellas más que alumnas que instruir, y el tormento de los que, quizá con error, quisieran almas que dirigir; pues la pulida superficie de su inteligencia refleja igualmente todas las ideas, sin que ninguna llegue a enraizarse en ella» (21). Sin embargo, esta docilidad no se extiende a otras zonas de la personalidad femenina: «La extrema plasticidad de que da pruebas, en cuanto alumna, no tiene igual en muchos casos más que en la rigidez indeformable de su yo profundo, hasta el punto que muchas mujeres, cualquiera que sea su instrucción, guardar, adultas, los gustos y repugnancias, las cualidades y defectos por los cuales se acusaba ya su personalidad de niña» (22).

La lógica del sentimiento domina en ellas incomparablemente más que en los varones, y, así como el pensamiento de éstos es discursivo, el suyo se caracteriza por la intuición; gracias a ésta captan detalles, al parecer insignificantes, y forman síntesis emocionales que, revelándoles el fondo de las personas y situaciones, les permiten adaptarse a

---

(21) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 82.

(22) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 158.

circunstancias nuevas con una flexibilidad y un acierto que no poseen los muchachos.

Si el despertar de la razón es muy marcado en esta edad, es aún mayor el impulso que experimenta la vida afectiva. La adolescencia es el imperio de la afectividad: el adolescente piensa, razona y actúa siempre bajo el influjo de emociones y sentimientos muy vivos; lo que ama es verdadero; lo que odia, falso. Pasa rápidamente, sin transición, del amor a la indiferencia o la aversión, del entusiasmo al desprecio; las más grandes oscilaciones de la adolescencia se presentan en la vida afectiva.

La traición de un amigo, una injusticia, el descubrimiento de una mácula en la persona idealizada, la desesperanza de realizar los sueños, son motivos frecuentes de dolor. La nostalgia y la melancolía son estados propios de la adolescencia, especialmente en las naturalezas delicadas y sensibles. En algunos casos llega la tristeza a hacerse tan densa, que conduce al suicidio; pero ésto no es frecuente, porque la juventud, con su exuberancia y gran habilidad psíquica, pasa pronto de la desesperación a la esperanza y, además, perduran siempre, más o menos soterrados, fondos de optimismo que disipan las nubes de tristeza.

A diferencia del niño, que tiene dificultad para representarse las emociones de los demás, el adolescente sintoniza con los sentimientos ajenos; siente necesidad de dar y recibir pruebas de afecto, quiere darse afectivamente y desea ser rico y fuerte para poder dar; así conjuga el egoísmo y el altruísmo que otras veces se suceden en violentos contrastes. Sólo en algunos sujetos de pobre vitalidad y mal adaptados a la vida social, el egoísmo toma formas exacerbadas.

Una forma de afectividad característica de la adolescencia es la amistad, en la cual confluyen sentimientos que más tarde se disociarán. En los años juveniles la amistad alcanza su auténtico sentido de compenetración espiritual, a diferencia de la edad precedente, en la cual sólo ofrecía el aspecto externo o formal, reduciéndose, especialmente en

las niñas, a estar juntas, participar en los mismos juegos o vestir iguales.

Las amistades adolescentes, con preferencia las femeninas, se asemejan al amor y frecuentemente llegan a un alto grado de exaltación: inspiran apasionadas cartas, llenan de lirismo las páginas de los diarios y se traducen en regalos que sirvan de recuerdo. La adolescente siente gran necesidad de amar y, sobre todo, de sentirse amada y protegida; a menudo se apasiona por alguna compañera, profesora o profesor joven. Mendousse dedica un sugestivo capítulo a estas «vanas ternuras», a las que considera más superficiales que profundas, estando las muchachas más preocupadas de la mímica que del sentimiento (23). Los jóvenes de uno y otro sexo ante todo se aman a sí mismos; esto no quiere decir que sean incapaces de heroísmo y abnegación—su conducta desmentiría este aserto—, sino que ha de pasar tiempo antes de que sus sentimientos se depuren y acrisolen haciéndose más desinteresados.

Los primeros amores de los adolescentes con frecuencia son ideales, enamorándose de criaturas apenas conocidas. En consonancia con esta afectividad difusa, la adolescencia gusta de la poesía lírica y se apasiona por las novelas sentimentales. Los diarios y ensayos poéticos que cultivan algunos jóvenes desempeñan un interesante papel como derivados de la exagerada tensión afectiva. No faltan adolescentes que tratan de ocultar sus sentimientos delicados y vehementes bajo una capa de despreocupación o de cinismo porque creen que esto es más viril; lo mismo que algunas muchachas afectan aires de positivismo.

La pasión por la lectura es típica de los años de adolescencia y adopta a menudo, especialmente en los varones, forma clandestina. Si ambos sexos muestran preferencia por las obras novelescas o de ficción, el femenino manifiesta más predilección por la literatura sentimental y poética:

---

(23) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., págs. 83-115.



las muchachas se entusiasman con novelas amorosas y de misterio, mientras los muchachos prefieren más bien relatos de aventuras, carreras, luchas, etc., y, más adelante, biografías, viajes y literatura humorística. Los estudios experimentales de Jordan y Tuttle (24) confirman plenamente estas acusadas preferencias de los sexos.

La contradicción adolescente se muestra de modo muy acusado en esta faceta; algunos jóvenes pasan con facilidad de libros perniciosos a lecturas de elevada espiritualidad.

Aparte de otros peligros muy graves de índole moral, las lecturas, por su profusión y desorden pueden, por un lado, causar debilidad del ánimo y pereza intelectual, y, por otro, contribuir a encerrar al adolescente en un mundo de ficción haciéndole extraño a la vida.

Análoga diversidad de preferencias se observa respecto a las películas. En los primeros años de la adolescencia gustan las amorosas, de guerra y de misterio, si bien esto es más característico de las muchachas: ellos prefieren aventuras y luchas, estando con frecuencia bastante interesados por noticiarios y películas científicas. Según recientes investigaciones llevadas a cabo en Norteamérica (25), las películas de aventuras ocupan el primer lugar para los muchachos de enseñanza media, y el octavo para las jóvenes de la misma edad; figurando las románticas en primer término para ellas, y séptimo para ellos.

Los estudios realizados en el mismo país sobre tipos de programas de radio preferidos por muchachos y muchachas de diferentes edades muestran que estos gustos están en armonía con los descubiertos sobre lecturas y películas (26). El creciente interés por las actividades sociales se refleja en que se acentúa el gusto por la música de baile y las canciones: a los muchachos les interesan también temas políticos.

Con estas consideraciones sobre la afectividad y aficiones

---

(24) Citados por GARRISON. Op. cit., págs. 86-87.

(25) GARRISON: Op. cit., pág. 83.

(26) GARRISON: Op. cit., págs. 85-86.

de los adolescentes hemos entrado de lleno en el mundo de los intereses expansivos y sociales. Al comenzar la adolescencia hay una marcada preocupación por el aspecto físico personal. El chico y la chica a esta edad cuidan con esmero su presentación, vestido, peinado, etc. Esto responde al deseo de afirmar la propia personalidad y alcanzar la aprobación y estimación de su grupo, sintiéndose incorporados a él. Los adolescentes se percatan de las cualidades típicas de su sexo —físicas y psíquicas— y se esfuerzan por poseerlas y poner de relieve esta posesión para lograr así formar parte y aún parte importante de su círculo social. El muchacho necesitará mostrarse fuerte, decidido, varonil; la muchacha se esforzará por aparecer bella, agradable y atractiva.

De aquí la gran tristeza que a veces invade a una joven que no se considera agraciada, lo mismo que a un joven que reconoce en sí una inferioridad. Tales motivos pueden fácilmente crear conflictos intrapsíquicos que corren el riesgo de convertirse en estados de inseguridad y complejos de minusvalía.

Las jovencitas se apasionan por la belleza propia —la ajena suele ser motivo de envidia— y no conciben ésta sin el adorno. Esto se manifiesta ya en las prepúberes y, como el sentido estético es un poco más tardío, caen a veces en extravagancia y modas que las perjudican; en ocasiones no es ésta la causa de su aspecto extraño, sino el deseo de llamar la atención. Pronto, ya en la adolescencia, las muchachas suelen adquirir un fino sentido de las formas y colores que realzan sus encantos naturales.

Con la tendencia del adolescente a ser aceptado por su grupo se manifiestan los nuevos intereses sociales. El neopúber no tiene bastante con la sociedad familiar —con la cual a menudo está en conflicto— y desea vivamente tener amigos y camaradas; la falta de éstos es uno de los mayores problemas que aquejan a los jóvenes mal adaptados socialmente. «Más adolescentes en su soñar despiertos desean

amigos que riquezas o fama.» (27). Según las investigaciones de Mooney (28), las muchachas sienten más vivamente los problemas del área psicológica, tanto en su aspecto de relaciones personales como sociales.

Estos intereses de la adolescencia se manifiestan en los juegos y deportes que toman forma de competición por equipos. Además, el adolescente experimenta cierta necesidad de encuadrarse en organizaciones juveniles, desea tener jefes y camaradas, siendo muy sensible a lo que se llama «espíritu de grupo».

El interés social que lleva primero a buscar el contacto y aprobación del propio sexo, poco después se amplía hacia el otro y se procura también su aprobación. Así como al comienzo de la adolescencia suele haber una gran timidez en este aspecto, unida a una preocupación casi obsesiva por el misterio de los sexos y de la maternidad, siendo éste el objeto de muchas confidencias y secretos, especialmente entre las muchachas, a medida que avanza esta edad hay creciente interés por citas, bailes, noviazgos, y, en general, por las relaciones con el otro sexo.

Las preocupaciones de los adolescentes rebasan así la esfera de las actividades escolares y deportivas, que antes eran dominantes y se dirigen al área que en las investigaciones de Mooney (29) ha sido designada con el epígrafe de «noviazgo, sexo y matrimonio».

Asociados con los intereses y actitudes de expansión hay ciertos deseos básicos que llegan a ser más intensos en esta etapa; me refiero a los siguientes: 1.º deseo de aprobación social; 2.º de afecto; 3.º de propiedad, y 4.º de seguridad.

Por el hecho de afirmar su personalidad, el adolescente busca afanosamente la independencia, quiere sacudir el yugo de la familia, emancipándose, al menos sentimentalmente, de los adultos a quienes vivió sometido desde su niñez; as-

---

(27) GARRISON: Op. cit. pág. 17.

(28) GARRISON: Op. cit., pág. 17.

(29) Citado por GARRISON. Op. cit., pag. 13.

pira a un modo de vivir más independiente en pensar y actuar, dirigiendo sus planes. Por su parte, los padres a veces no se dan cuenta —o, mejor dicho, no se la quieren dar— de que su hijo ha dejado de ser niño y se empeñan en seguirle tratando como antes, sin concederle aquel margen de libertad vigilada que precisa el adolescente para alcanzar la madurez. De esta colisión de tendencias surgen conflictos familiares que son típicos de este momento de la vida.

Las dificultades de los adolescentes en el hogar son descubiertas principalmente en las clínicas psicológicas. En un estudio de Pope sobre sujetos normales, los problemas relativos a la vida del hogar fueron separados en cuatro grupos cuyo orden de frecuencias es como sigue: «condiciones económicas del hogar», «relaciones entre padres e hijos», «ídem entre casa y escuela», «ídem entre hermanos y hermanas» (30). Según estas investigaciones, resulta que los problemas económicos acuden más a los chicos que a las muchachas.

En el estudio de Mooney ya citado (31) —consistente en subrayar un problema de una lista de más de trescientos— fueron señalados por un diez por ciento de adolescentes los siguientes: «ser tratado en casa como un niño pequeño», «no tener nunca una broma con los padres», «guardar secretos de los padres», «padres que trabajan demasiado»... Los problemas económicos fueron subrayados por el noventa por ciento: entre los que mayor frecuencia alcanzaron figuran éstos: «necesidad de ganar dinero», «tener que pedir dinero a los padres», «no tener asignación o ingreso regular», «tener menos dinero que los amigos», «poseer pocos vestidos bonitos», etc. La raíz de muchos disgustos domésticos está en la imposibilidad de que los jóvenes, dadas las condiciones actuales, vivan una vida social normal sin un gasto mucho mayor que el de sus padres en la adolescencia y, por otro lado, en la oposición de éstos a dar más, fundada con fre-

(30) Citado por GARRISON. Op. cit., págs. 14-15.

(31) Citado por GARRISON. Op. cit., pág. 15.

cuencia en las exigencias de un presupuesto familiar que no tolera dispendios.

Hemos dicho que el interés de la adolescencia se polariza hacia el futuro; el joven pensará hoy ser héroe del aire o del mar, mañana, artista famoso o jugador internacional..., pero siempre querrá ser algo grande. La multiplicidad de caminos que solicitan su actividad, unida al ardor y movilidad de sus tendencias, hacen que pase fácilmente de un proyecto a otro y que trate de cambiar de estudios y de orientación en la vida. Si la influencia de los padres o las necesidades reales no le mantuvieran en una dirección, correría el peligro de agotarse en continuas veleidades. Las aspiraciones juveniles revisten a menudo la forma de sueños antes de plasmarse en realidades. «Si para los jóvenes soñar es peligroso, no soñar sería más peligroso todavía, puesto que sería suprimir la posibilidad de creaciones futuras» (32).

Las muchachas sueñan en su mayoría con éxitos sociales, amores extraordinarios, matrimonios ventajosos, y también con aplausos, viajes, etc. Estas aspiraciones novelescas, alimentadas por perniciosas lecturas, les hacen a menudo sentir monótona y triste la vida ordinaria y, no pocas veces, las conducen a despreciar el hogar humilde en que nacieron. Más tarde, disipadas las nieblas de la imaginación, soñarán con un matrimonio feliz y un hogar dichoso.

Además de estos sueños terrenos, los adolescentes de uno y otro sexo experimentan en ocasiones, a poco que el ambiente sea propicio, intensos ideales religiosos, sinceros anhelos de santidad.

Aquellos deseos vehementes de brillar y escalar puestos elevados en la sociedad pueden originar en algunos adolescentes, aquejados de ciertas inadaptaciones, el vicio de soñar despiertos porque sólo de este modo consiguen, aunque de manera ficticia, la realización de sus anhelos.

Mientras las muchachas se preocupan principalmente por el porvenir en el aspecto sentimental y familiar —son mu-

---

(32) P. MENDOUSSE: *L'âme de l'adolescente*. Op. cit., pág. 130.

chas las que se preguntan insistentemente si llegarán a casarse—, los varones se muestran más interesados en la elección y capacitación profesional.

Del estudio de Pope antes aludido (33) sobre problemas de los adolescentes, resulta que la proporción de alumnos preocupados por su futura profesión aumenta considerablemente del 11° al 14° de la enseñanza media, siendo los más señalados por orden de frecuencia: «elección de profesión» y «preparación profesional». Asimismo se observa que este grupo de problemas está muy relacionado con los referentes a situación económica. Mooney (34), por su parte, ha comprobado que los muchachos superan claramente a las chicas en la constelación de casos sobre el futuro vocacional y educacional; en la experiencia por él realizada los problemas subrayados por mayor número son: «preguntarse qué será de sí dentro de diez años», «ídem si tendrá éxito en la vida», «necesidad de consejo sobre lo que hará después de la enseñanza media», «ídem de información sobre profesiones», «ídem de conocer las aptitudes personales». Llama la atención la gran preocupación de los adolescentes en torno a las cuestiones profesionales; casi todos sienten apremiante necesidad de recibir ilustración y consejo sobre estos asuntos al terminar el bachillerato.

Esta tarea juvenil de la elección e ingreso en una profesión forma parte de otros cometidos más complejos reservados a esta edad —incorporación a la sociedad adulta, toma de posesión ante los valores, etc.—, que han sido expresados por Spranger en dos notas que, con el descubrimiento del yo, caracterizan, según este autor, la adolescencia: «la formación paulatina de un plan de vida» y «el ingreso en las distintas esferas de la vida» (35).

En definitiva, el adolescente se enfrenta con los grandes problemas del hombre; necesita aceptar o forjarse una con-

---

(33) GARRISON: Op. cit., pág. 16.

(34) Citado por GARRISON. Op. cit., págs. 17-18.

(35) SPRANGER: Op. cit., pág. 48.

cepción del mundo y de la vida que, respondiendo a las eternas cuestiones de la humanidad —¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?—, dé sentido a su conducta, que él concibe ahora como una continuidad, conectada con el pasado y en proyección hacia el futuro.

Por eso, en esta edad crucial hay inquietud religiosa y muchas veces un resurgimiento de la religiosidad. El adolescente se encamina a Dios; en Él halla su origen y su fin, la explicación de los misterios que tanto le preocupan; el ideal que llena sus ansias de perfección; el amor infinito que satisface su sed de amar y ser amado y la protección que precisa su inseguridad.

La vida religiosa en la adolescencia participa de la reserva que envuelve todas las facetas de esta edad y aún se muestra más acentuada, porque las relaciones del alma con Dios constituyen siempre lo más íntimo de la conciencia y su secreto ha sido salvaguardado con el sigilo sacramental. Asimismo está sujeta a las típicas fluctuaciones tantas veces aludidas: el misticismo alterna bruscamente con la tibieza y aun con la infidelidad.

La concepción religiosa verdadera y los hábitos consiguientes serán la piedra angular de la personalidad bien equilibrada que debe surgir del interesante y dramático proceso que venimos considerando.

---

Con este breve esbozo queda patente que la adolescencia, puente entre la infancia y la madurez, es etapa decisiva, sin duda la crisis más difícil de la vida. Como período de intenso cambio, la adolescencia está grávida de problemas y, por tanto, acompañada de muchas dificultades que la creciente complicación de nuestro orden social y económico aumenta cada día.

A través de este estadio de indecisión y contraste el adolescente busca la unidad interior y procura forjar así su personalidad adulta, integrando ideales y voluntad, tenden-

cias y hábitos en un todo estructurado y armónico. Este proceso implica ganancias y pérdidas recíprocas; el paso de la potencia al acto no se consigue sin el sacrificio de otras virtualidades. Por desgracia, entre éstas figuran con demasiada frecuencia aquellas ansias de ideal que señalábamos en el alma adolescente y que, al contacto con la vida mediocre o con educadores fosilizados, no llegan a granar.

El segundo alumbramiento del ser tiene graves riesgos para la salud tanto física como mental de los sujetos, pues, como todo período en que ocurren grandes cambios, posee un elevado índice de vulnerabilidad. La formidable tensión psíquica de la adolescencia es terreno propicio para que aparezcan anomalías mentales —especialmente desviaciones de la personalidad— o se hagan más visibles aquellas que ya existían; las constituciones psicopáticas que durante la infancia permanecen ocultas se descubren en este momento de la evolución. Por esto se ha dicho con razón que la pubertad es la roca donde naufragan todos los individuos hereditariamente tarados.

Sin embargo, la adolescencia, normalmente, es edad pleotórica, radiante de promesas, aurora de la vida que sólo precisa una guía amorosa e inteligente para llegar a convertirse en fecunda y espléndida realidad.

CARMEN LIMÓN MIGUEL

Inspectora de Enseñanza Primaria de Madrid



## S U M M A R Y

This work contains a study of adolescence from the psychological point of view, considering that age as an epoch of transition from childhood to manhood.

After establishing the difference between adolescence and puberty and approximatively fixing their chronological limits, the authoress studies the psychological characters of this most important age. Its typical features —introversion, integration of personality, incorporation into the community, etc.—, are closely analysed as well as the different changing interests which go with the double commotion —physiological and psychological— of this period of transition and the principal problems which pose themselves to the adolescent.

All along this article the authoress points out the differences existing in this process between both sexes and emphasizes the importance and the dangers that this second birth of the being has for future personality.